

SONETO.

*No quiere pasar por olvido
lo descuidado.*

Dices que yo te olvido, Celio, y mientes,
en decir que me acuerdo de olvidarte,
pues no hay en mi memoria alguna parte
en que, aun como olvidado, te presentes.

Mis pensamientos son tan diferentes
y en todo tan ajenos de tratarte,
que ni saben si pueden olvidarte,
ni si te olvidan, saben si lo sientes.

Si tú fueras capaz de ser querido,
fuera capaz de olvido; y ya era gloria
al menos, la potencia de haber sido;

mas tan lejos estás de esa victoria,
que aqueste no acordarme no es olvido;
sino una negación de la memoria.

SONETO.

*A la muerte del excelentí-
simo Señor Duque
de Veraguas.
(1673)*

¿Ves, caminante? En esta triste pira,
la potencia de Jove está postrada;
aquí Marte rindió la fuerte espada,
aquí Apolo rompió la dulce lira.

Aquí Minerva triste se retira,
y la luz de los astros eclipsada;
todo está en la ceniza venerada,
del excelso Colón, que aquí se mira,

Tanto pudo la fama encarecerlo,
y tanto las noticias sublimarlo,
que sin haber llegado a conocerlo,

llegó con tanto extremo el reino a amarlo,
que muchos ojos no pudieron verlo,
mas ningunos pudieron no llorarlo.

SONETO.

Al mismo.

Detén el paso, caminante, advierte,
que aun esta loza guarda enternecida,
con triunfos de su diestra no vencida,
al capitán más valeroso y fuerte;

al Duque de Veragua; ¡oh triste suerte!
que nos dió en su noticia esclarecida,
en relación, los bienes de su vida,
y en posesión, los males de su muerte !

No es muerto el Duque, aunque su cuerpo abrace
la loza, que piadosa le recibe;
pues porque a su vivir el curso enlace,

aunque el mármol su muerte sobreescribe,
en las piedras verás el *Aquí yace*,
mas en los corazones, *Aquí vive*.

SONETO.

Al mismo.

Moriste, Duque excelso, en fin moriste,
sol de Veragua claro y refulgente,
que apenas ilustrabas al Oriente,
cuando, en fatal ocaso, te pusiste!

¡Tú, que por tantas veces te ceñiste,
el desdén vencedor del sol ardiente,
apareciste exalación luciente,
llegaste aplauso, ejemplo feneciste!

Moriste en fin; pero mostraste osado
el valor de tu pecho no vencido,
de la propia Nación tan venerado,

de las contrarias armas tan temido;
moriste de improviso, que aun el Hado
no osara acometerte prevenido.

GLOSA.

*Muestra a la hermosura el
eminente riesgo de des-
preciada después
de poseída.*

*Rosa, que al prado encarnada,
ostentas presuntuosa,
de grana y carmín bañada,
campa lozana y gustosa;
pero no, que siendo hermosa
también serás desgraciada.*

DECIMAS.

¿Ves de tu candor, que apura
al alba el primer albor?
Pues tanto el riesgo es mayor,
cuanto es mayor la hermosura:
no vivas de ella segura,
que si consientes errada,
que te corte mano osada,
por gozar beldad y olor;
en perdiéndose el color,
también serás desdichada.

¿Ves a aquél, que más indicia
de seguro en su fineza?
Pues no estima la belleza
más de en cuanto la codicia.
Huye la astuta caricia,
que, si necia y confiada
te aseguras en lo amada,
te hallarás después corrida;
que en llegando a poseída,
también serás desdichada.

A ninguno tu beldad
entregues, que es sin razón,
que sirva tu perfección
de triunfo a su vanidad.
Goza la celebridad
común, sin verte empleada,
en quien, después de lograda,
no te acierte a venerar;
que en siendo particular,
también serás desdichada.

REDONDILLAS.

*Arguye de inconsecuentes el gusto y
la censura de los hombres, que
en las mujeres acusan lo
que causan.*

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis:

si con ansia sin igual
solicitáis su desdén;
¿por qué queréis que obren bien,
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia,
y luego con gravedad
decís que fué liviandad,
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco
al niño, que pone el coco,
y luego le tiene miedo.

Queréis con presunción necia
hallar a la que buscáis,
para pretendida, Thais,
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro,
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis,
que con desigual nivel
a una culpáis por cruel,
y a otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende
y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere
y quejaos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
 en una pasión errada,
 la que cae de rogada,
 o el que ruega de caído?

¿O cuál es más de culpar,
 aunque cualquiera mal haga,
 la que peca por la paga,
 o el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantáis
 de la culpa que tenéis?
 Queredlas cual las hacéis
 o hacedlas cuál las buscáis.

Dejad de solicitar,
 y después, con más razón,
 acusaréis la afición
 de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo
 que lidia vuestra arrogancia,
 pues en promesa e instancia
 juntáis diablo, carne y mundo.

REDONDILLAS

*En que describe racionalmente
 los efectos irracionales
 del amor.*

Este amoroso tormento,
 que en mi corazón se ve,

sé, que lo siento, y no sé
 la causa por que lo siento.

Siento una grave agonía
 por lograr un devaneo,
 que empieza como deseo,
 y pára en melancolía.

Y cuando con más terneza
 mi infeliz estado lloro,
 sé que estoy triste, e ignoro
 la causa de mi tristeza.

Siento un anhelo tirano,
 por la ocasión a que aspiro,
 y cuando cerca la miro,
 yo misma aparto la mano.

Porque si acaso se ofrece,
 después de tanto desvelo,
 la desazona el recelo,
 o el susto la desvanece,

Y si alguna vez sin susto
 consigo tal posesión,
 que cualquier leve ocasión
 me malogra todo el gusto.

Siento mal del mismo bien
 con receloso temor,
 y me obliga el mismo amor
 tal vez a mostrar desdén.

Cualquier leve ocasión labra
 en mi pecho de manera

que el que imposibles venciera
se irrita de una palabra.

Con poca causa ofendida
suelo, en mitad de mi amor,
negar un leve favor
a quien le diera la vida.

Ya sufrida, ya irritada
con contrarias penas lucho,
que por él, sufriré mucho,
y con él, sufriré nada.

No sé en qué lógica cabe,
el que tal cuestión se pruebe,
que por él, lo grave es leve,
y con él, lo leve es grave.

Sin bastantes fundamentos
forman mis tristes cuidados,
de conceptos engañados,
un monte de sentimientos.

Y en aquel fiero conjunto
hallo, cuando se derriba,
que aquella máquina altiva
sólo estribaba en un punto.

Tal vez el dolor me engaña,
y presumo sin razón,
que no habrá satisfacción,
que pueda templar mi saña.

Y cuando a averiguar llego
el agravio por que riño,

es como espanto de niño,
que pára en burlas y juego.

Y aunque el desengaño toco,
con la misma pena lucho,
de ver que padezco mucho,
padeciendo por tan poco.

A vengarse se avalanza
tal vez el alma ofendida,
y después arrepentida
tomo de mí otra venganza.

Y si al desdén satisfago,
es con tan ambiguo error,
que yo pienso que es rigor,
y se remata en alhago.

Hasta el labio desatento
suele equívoco tal vez,
por usar de la altivez
encontrar el rendimiento.

Cuando por soñada culpa
con más enojo me incito,
yo le acrimino el delito,
y le busco la disculpa.

No huyo el mal ni busco el bien;
porque en mi confuso error,
ni me asegura el amor,
ni me despecha el desdén.

En mi ciego devaneo,
bien hallada con mi engaño,

solicito el desengaño,
y no encontrarlo deseo.

Si alguno mis quejas oye,
más a decirlas me obliga,
porque me las contradiga,
que no porque las apoye.

Porque si con la pasión
algo contra mi amor digo,
es mi mayor enemigo,
quien me concede razón.

Y si acaso en mi provecho
hallo la razón propicia,
me embaraza la justicia,
y ando cediendo el derecho.

Nunca hallo gusto cumplido;
porque entre alivio y dolor,
hallo culpa en el amor,
y disculpa en el olvido.

Esto de mi pena dura
es algo del dolor fiero,
y mucho más no refiero,
porque pasa de locura.

Si acaso me contradigo
en este confuso error,
aquél que tuviere amor
entenderá lo que digo

ROMANCE.

*Acusa la hidropesía de mucha
ciencia, que tiene inútil,
aun para saber,
y nociva para
vivir.*

Finjamos que soy feliz,
triste pensamiento, un rato;
quizás podréis persuadirme;
aunque yo sé lo contrario.

Que, pues sólo en la aprehensión
dicen que estriban los daños,
si os imagináis dichoso,
no seréis tan desdichado.

Sírvame el entendimiento
alguna vez de descanso;
y no siempre esté el ingenio
con el provecho encontrado.

Todo el mundo es opiniones,
de pareceres tan varios,
que lo que el uno, que es negro,
el otro prueba que es blanco.

A unos sirve de atractivo,
lo que otro concibe enfado:
y lo que éste por alivio,
aquél tiene por trabajo.

El que está triste, censura
al alegre de liviano;
y el que está alegre, se burla
de ver al triste penando.

Los dos Filósofos griegos
bien esta verdad probaron;
pues, lo que en el uno risa,
causaba en el otro llanto.

Célebre su oposición
ha sido, por siglos tantos,
sin que cual acertó, esté
hasta agora averiguado.

Antes en sus dos banderas
el Mundo todo alistado,
conforme el humor le dicta,
sigue cada cual el bando.

Uno dice que de risa
sólo es digno el mundo vario;
y otro que sus infortunios
son sólo para llorados.

Para todo se halla prueba,
y razón en que fundarlo;
y no hay razón para nada,
de haber razón para tanto.

Todos son iguales jueces:
y siendo iguales y varios,
no hay quien pueda decidir
cuál es lo más acertado.

Pues si no hay quien lo sentencie,
¿por qué pensáis vos, errado,
que os cometió Dios a vos
la decisión de los casos?

¿O por qué, contra vos mismo,
severamente inhumano,
entre lo amargo y lo dulce,
queréis elegir lo amargo?

Si es mío mi entendimiento,
¿por qué siempre he de encontrarlo
tan torpe para el alivio,
tan agudo para el daño?

El discurso es un acero
que sirve por ambos cabos:
de dar muerte por la punta,
por el pomo de resguardo.

Si vos, sabiendo el peligro,
queréis por la punta usarlo,
¿qué culpa tiene el acero
del mal uso de la mano?

No es saber, saber hacer
discursos sutiles vanos;
que el saber consiste sólo
en elegir lo más sano.

Especular las desdichas
y examinar los presagios,
sólo sirve de que el mal
crezca con anticiparlo.

En los trabajos futuros,
la atención sutilizando,
más formidable que el riesgo
suele fingir el amago.

¡Qué feliz es la ignorancia,
del que, indoctamente sabio,
halla de lo que padece,
en lo que ignora, sagrado!

No siempre suben seguros
vuelos del ingenio osados,
que buscan trono en el fuego
y hallan sepulcro en el llanto.

También es vicio el saber;
que si no se va atajando,
cuando menos se conoce
es más nocivo el estrago.

Y si el vuelo no le abaten,
en sutilezas cebado,
por cuidar de lo curioso
olvida lo necesario.

Si culta mano no impide
crecer al árbol copado,
quitan la sustancia al fruto
la locura de los ramos.

Si andar a nave ligera
no estorba lastre pesado,
sirve el vuelo de que sea
el precipicio más alto.

En amenidad inútil,
¿qué importa al florido campo,
si no halla fruto el otoño,
que ostente flores el mayo?

¿De qué le sirve al ingenio
el producir muchos partos,
si a la multitud se sigue
el malogro de abortarlos?

Y a esta desdicha, por fuerza
ha de seguirse el fracaso
de quedar el que produce,
si no muerto, lastimado.

El ingenio es como el fuego,
que con la materia ingrato,
tanto la consume más,
cuanto él se ostenta más claro;

Es de su propio señor
tan revelado vasallo,
que convierte en sus ofensas
las armas de su resguardo.

Este pésimo ejercicio,
este duro afán pesado,
a los hijos de los hombres
dio Dios para ejercitarlos.

¿Qué loca ambición nos lleva
de nosotros olvidados?,
si es para vivir tan poco,
¿de qué sirve saber tanto?

¡Oh, si como hay de saber,
hubiera algún seminario,
o escuela, donde a ignorar
se enseñaran los trabajos!

¡Qué felizmente viviera,
el que flojamente cauto
burlara las amenazas
del infijo de los astros!

Aprendamos a ignorar
pensamiento, pues hallamos,
que cuanto añadido al discurso
tanto le usurpo a los años.

ROMANCE

*Con que en sentidos afectos
prelude al dolor de
una ausencia.*

Ya que para despedirme,
dulce, idolatrado dueño,
ni me da licencia el llanto,
ni me da lugar el tiempo:

háblente los tristes rasgos,
entre lastimosos ecos,
de mi triste pluma, nunca
con más justa causa negros.

Y aun ésta te hablará torpe
con las lágrimas que vierto;

porque va borrando el agua
lo que va dictando el fuego.

Hablar me impiden mis ojos,
y es que se anticipan ellos,
viendo lo que he de decirte,
a decírtelo primero.

Oye la elocuencia muda
que hay en mi dolor, sirviendo
los suspiros, de palabras,
las lágrimas, de conceptos.

Mira la fierá borrasca
que pasa en el mar del pecho,
donde zozobran turbados
mis confusos pensamientos.

Mira, cómo ya el vivir
me sirve de afán y rosero,
que se avergüenza la vida
de durarme tanto tiempo.

Mira la muerte, que esquiva
huye, porque la deseo;
que aun la muerte, si es buscada,
se quiere subir de precio.

Mira cómo el cuerpo amante,
rendido a tanto tormento,
siendo en lo demás cadáver,
sólo en el sentir es cuerpo.

Mira cómo el alma misma
aun teme, en su sér exento,